



La Venus del Espejo

pechos mórvidos pero bien formados de la Duquesa de Chebreux y el rostro socarrón, que aparecía evadido del cónclave de "Los borrachos", de don Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares. Y sobre todo, le desazonaba el tener que pintar aquellos pesadísimos e impávidos caballos frisones "sorprendidos" en eterna corveta, inspirándose en los modelos romanos que Pedro Tacca reprodujera en bronce para la estatua de Felipe IV colocada ante el casón del buen Retiro.

Pero don Diego amó a los humildes empezando por su esclavo Juan de Pareja y entendió la turbiedad de sus almas mezquinas. Enanos, lelos consentidos, bufones avispados, geniecillos del tedio de la corte fueron todos ellos inmortalizados con su pincel.

Madrid ha sido una constante en la vida de Velázquez, primero en los dominios del Almud y luego sobre los fondos grises, azules, lilas de los veranos chicharreros donde exten-

dían sus banderas de paz al abrigo de las anchas riberas, las lavanderas de los Caños del Peral y donde se iniciaba la corte de los mendigos del pasadizo cubierto que conducía hasta la carpa de los cómicos y el convento de la Encarnación. Era el Madrid un tanto grotesco y chispeante de los "avisos de Barrionuevo" con los chismes de San Felipe, los tenderetes llamativos de las cofradías de plateros, las distribas y soflamas de Quevedo, los decires culteranos de don Pedro Calderón, cautos, cortesanos y medidos por la discreción de su oficio de cura de las almas, famoso por sus comedias de albarado doncel navegando, entre gurnaldas y luces de fuego, las aguas oscuras del estanque francés en aquellos rebuscados ámbitos donde conspiraban los enamorados entre los vericuetos del parterre. Allí tenían lugar las tretas perversas de don Carlos Boduquín corriendo tras de la Chebrosa (la Duquesa de Chebreux) que enganchaba su aparatoso

guardainfante en los estrechos dédalos de aligustre. Allí los besos con antifaz de raso y plumas y con abanico de nácar se anidaban amorosamente, entre pequeños gritos e impulsos lascivos, bajo los cenadores cubiertos de rosas y macizos de madreselvas. La Maribárbola se dejaba acariciar por el Calabacillas mientras éste canturreaba con su voz de eunuco.

Su gloria y su memoria encontraron "el final del acto" en Madrid al regreso del tratado de paz con Francia que Felipe IV había firmado en la isla de los Faisanes. Velázquez murió extendiendo la vista por los anchos confines de la sierra soñando ver la ciudad derramada y clara de Génova con una mujer dormida sujetando la invasión de las olas. Tras de don Diego, su mujer doña Juana de Pacheco, achacosa y renqueante, con su eterna obsesión por las noticias de Italia y con el mal de las tercianas, contemplaba el macizo de lilas que cubría la tapia del Jardín de la Priora.